

Y no se las quiso dar ;
Mas ántes sus corazones
Eran de conformidad,
Que de verse el uno al otro
Comienzan á desmayar :
Desmayan los corazones
Pero no la voluntad.
Después de ya recordados
Comenzaron de llorar,
El uno y otro decían
Palabras de grande amar.
—Por tus amores, señora,
Vine de allende la mar ;
Por veniros á servir
Dejara mi natural.
He dejado yo mis tierras,
Al Emperador quise dejar,
He dejado muchos amigos,
Que me solian honrar,
He dejado á los doce,
D'ellos era principal.—
Allí habla la Infanta,
Bien oiréis lo que dirá :
—Pues por mí os desterrastes,
Y acá os quisistes llegar,
Tened confianza en mí
Que lo entiendo bien pagar :
Por eso, amigo mío,
Comenzas de alegrar ;
Mucho os ruego que esta noche
No me querades faltar,
Que vengais solo á mi cámara
Adonde yo suelo estar,
Porque allí solos entramos
Placer nos podamos dar.
—¿ Nunca quiera Dios, señora,
Ni la santa Trinidad,
Que yo tocase en la honra
A la corona real,
Pues me tiene vuestro padre
Por caballero leal ! —
Respondióle la Infanta
Enojada en le escuchar.
—¿ Lo que habeis vos de rogarme
Os tengo yo de rogar ?
Pues yo os juro por mi ley,
Por la ley de Mahomá,
Que si no haceis lo que digo
Que luego os mande matar.—
Don Reinaldos con esfuerzo
Tal respuesta le fué á dar :
—Que le costase la vida,
Mas no podía aventurar,
Y que sin falta venia
Por hacer su voluntad.—
Aquella noche siguiente
Gran placer ambos se dan ;
Otro día de mañana
A su posada se va.
No pasaron muchos dias,
Pocos fuéron á pasar,
Que el traidor de Galalon,
Aquel traidor desleal,
Envió cartas á Aliarde,
Cartas para le avisar
Cómo en su corte tenia
Don Reinaldos de Montalvan.
Que á otra cosa no habia ido
Sino á lo deshonorar :
Que guardase bien su hija,
No se la quisiese fiar,
Que no fué por otra cosa
Sino por amor tomar.
El Rey que vido las cartas
Los suyos mandó llamar,
Porque tomen á Reinaldos
Y lo hayan de aprisionar.
Tomólo gran gente d'armas
Por mas seguro tomar ;

Echanle en una prision
De muy grande escuridad.
Aconsejóse con los suyos,
Tomó consejo real,
Qué debian hacer al triste,
Ó qué castigo le dar.
Hallaron por sus derechos,
Por la razon natural,
Pues habia sido traidor
A la corona real,
Que era digno de la muerte
Y se la hubiesen de dar.
Todos firman la sentencia,
El Rey la fué á firmar :
La sentencia ya era dada
Para hacedlo degollar.
Allí estaba un pajecico,
Que la Infanta fué á criar :
Va corriendo á la Infanta
De priesa y no de vagar.
Sola estaba la Infanta,
A nadie queria escuchar ;
Entra el paje por la puerta,
Comiézale de hablar :
—Por amor de vos, señora,
Hoy se hace gran crueldad,
Que aquel caballero extraño
Por vos lo quieren matar.—
De lo que dijo el pajecico
Ella tuvo gran pesar :
Vase para los palacios
Donde el Rey solia estar :
Tal entraba por la puerta
Que á todos queria matar.
—¿ Qu'es aquesto, señor padre ?
Aquesto ¿ qué puede estar ?
¿ Sin saber cierto las cosas,
A cabo quereis llegar ?
La sentencia que habeis dado
Vos la querais revocar,
Que si Don Reinaldos muere
Primero á mí heis de matar,
Pues la verdad no sabiendo
Vos me quereis disfamar.
Las cartas de Galalon,
Las que él os quiso enviar,
Son por volveros con él,
Son para hacedlo matar,
Por envidia que dél tiene
Por querer con vos estar.
Que en Paris ni en toda Francia
Nadie le puede igualar ;
Por eso os ruego, señor,
La vida le querais dar.
—Pláceme, respondió el Rey,
Pláceme de voluntad ;
Mas con una condicion :
Que en mis reinos no ha de estar.—
Allí luego la Infanta
Las manos le fué á besar :
Mándanle quitar los grillos
Y de la prision sacar.
Entónces luego el buen Rey
Le mandara desterrar.
Ya se parte de la corte
Con dolor y gran pesar
Por dejar á su señora,
Y con ella no quedar.
Maldecia su ventura,
No cesaba de llorar ;
A sus jornadas contadas
En Francia fué él á llegar :
Ibase luego derecho
A la villa de Montalvan.
El Rey quedaba penoso,
A su hija queria casar,
Mas no sabia con quién
A su honra la pudiese dar.
Envió cartas por el mundo,

Todo el mundo en general,
Que quien quisiese su reino,
Y con su hija casar,
Que dentro de treinta dias
Viniese á su corte real
Para hacer un torneo
Para mas honra ganar,
Y el que mejor lo hiciese
Con la Infanta haya casar.
Don Reinaldos que esto supó
Mucho se fué á alegrar,
Porque si él allá se iba
El campo entiende ganar.
Luego pidió su caballo ;
Las armas otro que tal,
Y mucho rogó á su primo,
A su primo Don Roldan,
Que se quisiese ir con él
Por mayor honra llevar.
Ya se parte Don Reinaldos ;
Con él iba Don Roldan,
Y por jornadas contadas
Al reino llegaron.
Sabido por Galalon
Que á tierra de moros van,
Luego envió un mensajero
Para el Rey moro avisar,
Que su criado Don Reinaldos,
Y su primo Don Roldan
Eran idos á su reino
Para habello de matar.
Cuando el Rey supo tal nueva
D'ello se fué á maravillar :
Envió á hombres d'armas
Que los fuesen á buscar.
Allí habló un caballero,
Bien oiréis lo que dirá :
—¿ Vergüenza es de tanta gente
A dos solos ir á buscar !
Dédeme licencia á mí,
Que yo solo quiero andar.—
Dijo el Rey que le placia
De muy buena voluntad.
Ya se partia aquel moro,
Ya se va por los buscar ;
Vase para una posada
Adonde él solia posar :
En entrando por la puerta
Con ellos fuera á encontrar :
Conoció á Don Reinaldos
Que con él solia bolgar.
—Pésame mucho de vosotros,
En mí tengo gran pesar,
Que el Rey sabe estáis aquí,
Haos mandado matar :
Yo os ruego mucho, señores,
Que me digais la verdad,
Porque el Rey tenia cartas
Que Galalon le fué á enviar
Avisándole de cierto
Que le querades matar.—
Respondiera Don Reinaldos :
—¿ Nunca Dios quiera lo tal !
El Rey no es mi enemigo,
Ni yo lo queria mal ;
Mas hemos venido al campo
Que el Rey mandó pregonar.—
Mucho se holgó el moro
De tal razon escuchar,
Que viniesen en hora buena
Para el campo á pelear.
Otro día de mañana
Comiézase de aparejar,
Y sálense luego al campo
Donde habian de tornear.
Mataron tantos de moros,
Que no hay cuento ni par.
Bien veía la Infanta
A Reinaldos y á Don Roldan ;

Lloraba de los sus ojos
Que no les podia ayudar.
Enviéles un pajecico,
Que fuesen á la hablar,
Que se lleguen al castillo
Porque lo queria probar.
Ellos rompiendo la gente
Al castillo llegado han :
La Infanta cuando los vido
De allí se dejó colgar :
Tomándola Don Reinaldos
En su caballo á cabalgar.
Mataron tantos de moros,
No tienen cuento ni par ;
Por mas moros que vinieron
No se la pueden quitar :
A sus jornadas contadas
A Paris fuéron llegar.
El Emperador cuando lo supó
A recibirselos sale,
Con él salen los doce pares
Y toda la corte real.
Si hasta allí eran esforzados
Después eran mucho mas.

(Cancionero de Romances. — It. Silva de varios Romances.)

4 Este romance viejo, modificado el asunto, pudo ser sugerido por el del numero 368 que le precede.

5 Premiado, es decir : apremiado.

6 Esto recuerda la escena que se halla en uno de los romances del conde Claros.

370.

DESAFÍO DE OLIVEROS Y MONTESINOS, POR AMORES DE ALIARDA. — V¹.

(Anónimo.)

En las salas de Paris,
En el palacio sagrado
Donde está el Emperador
Con su imperial estado,
Tambien estaban los doce
Que á una mesa se han juntado.
Obispos y arzobispos
Y un patriarca honrado.
Después que hubieron comido
Y las mesas se han alzado,
Ya se levanta la gente,
Todos iban paseando
Por una sala muy grande,
Unos con otros hablando.
Unos hablan de batallas,
Que las han acostumbrado ;
Otros hablan de amores,
Los que son enamorados.
Montesinos y Oliveros
Mal se quieren en celado ;
Con palabras injuriosas
Oliveros ha hablado.
Las palabras fuéron tales,
Que d'esta suerte ha empezado :
— Montesinos, Montesinos,
¿ Cuánto ha que os he rogado
Que de amores de Aliarda
No tuviéredes cuidado,
Que no sois para servirla,
Ni para ser su criado ?
¿ Si no por el Emperador,
Yo os hubiera castigado ! —
Montesinos que esto oyera
Túvose por injuriado ;
La respuesta que le dió
Fué como de hombre esforzado.
—¿ Buen caballero Oliveros,
Mucho estoy maravillado,
Siendo hombre de buen linaje
Siempre entre buenos criado,

Que vos á mí deshonrar
 Bien debía ser excusado;
 Que si tuviera yo espada
 Como vos teneis al lado,
 Las palabras que dijistes
 Bien os hubieran costado! —
 Oliveros qu'esto oyera
 En la espada puso mano:
 Fuese para Montesinos
 Como hombre muy airado.
 Montesinos no tiene armas,
 Decendióse del palacio.
 Los ojos puestos en el cielo
 Juramentos iba echando
 De nunca vestir loriga,
 Ni cabalgar en caballo,
 Ni comer pan en manteles,
 Ni nunca entrar en poblado
 Y de no rapar sus barbas,
 Ni oír misas en sagrado,
 Ni llamarse Montesinos
 Hasta que vengue la mengua
 Que Oliveros le ha dado.
 En llegando á su posada
 Fué muy prontamente armado:
 Pone el yelmo en su cabeza,
 Vistese un arnés tranzado;
 Mandó sacar una lanza
 Que él tenía en apartado:
 Esta lanza era muy fuerte,
 Y el hierro bien acerado.
 Ya es armado Montesinos,
 Ya cabalga en su caballo:
 Las cartas que tiene escritas
 A un paje se las ha dado,
 Que las lleve á Oliveros
 Y se las diese en su mano,
 Y le diga que lo guarda
 Montesinos en el campo,
 Armado de todas armas
 Y el caballo encubertado.
 Ya se parte el mensajero
 Con las cartas que le ha dado,
 En casa del Emperador
 A Oliveros ha hallado,
 Y con grande reverencia
 El paje lo ha llamado.
 Oliveros, que es discreto,
 Y hombre muy bien criado,
 Apartóse con el paje
 En un lugar apartado:
 Preguntó lo que quería,
 O quién le había enviado.
 El paje cuando esto oyó
 Las cartas le hubo mostrado,
 Y Oliveros que las vido
 Dijo que él daría recaudo.
 Ya se parte el pajecico,
 Ya se sale del palacio.
 El plazo que Montesinos
 A Oliveros hubo dado
 Fué cuatro horas de tiempo
 Que le aguardaría en el campo,
 Y si al plazo no viniese
 Que traidor sería llamado.
 El acudió de tal suerte,
 Que seis horas han pasado.
 Tanto aguardó Montesinos,
 Que ya estaba enojado.
 Mientras que en el campo anduvo
 A Oliveros esperando,
 Vió venir un caballero
 Que llamaban Don Reinaldos;
 De linaje era su primo,
 Y en voluntad mas que hermano.
 Las palabras que le dijo,
 D'esta manera ha hablado:
 — Montesinos Montesinos,

¿Qué haceis, mi primo hermano,
 Que segun del modo os veo
 Vos estáis mal enojado?
 Alguno os desafió
 Y vos lo estáis esperando,
 Porque no siento otra cosa
 Que os detuviere aquí armado. —
 Montesinos qu'esto oyera
 Tal respuesta le hubo dado:
 — La causa que así me halleis
 Yo os la contaré de grado:
 Un presente hoy me trujeron,
 Y en él vino este caballo;
 Mas vos sabeis mi costumbre,
 Que si caballo me han dado,
 El primer día que á mí viene
 Ha de ser muy bien probado:
 Yo por ver qué tal es este
 He subido en él armado. —
 Don Reinaldos que esto oyera
 Esta respuesta le ha dado:
 — Montesinos, Montesinos,
 Vuestro hablar es excusado:
 Vos á mí no me negueis
 Por qué estáis desafiado. —
 Montesinos que esto vido
 Que lo sabía Don Reinaldos,
 Luego sin mas dilacion
 La verdad hubo contado.
 — Vos sabeis, mi señor primo
 Que hoy dentro en el palacio
 Yo y vuestro primo Oliveros
 Andábamos paseando:
 De unas razones en otras
 El me ha mal injuriado,
 Diciendo que de Aliarda
 Yo no tuviese cuidado,
 Que no era para servirle
 Ni para ser su criado;
 Que si mirado no hubiese
 Al gran emperador Carlos,
 Por el enojo que le hice
 Ya me hubiera castigado.
 Yo le dije que hablaba
 Mal, y muy desmesurado,
 Y él echó mano á la espada
 Y embrazóse de su manto.
 Yo hallándome sin armas
 Descendíme del palacio;
 Fuime para mi posada
 Muy triste y muy enojado;
 Arméme con estas armas
 Con que vos me hallais armado;
 Cartas envié á Oliveros
 Que le aguardaba en el campo:
 Cuatro horas le di de tiempo
 Que le estaría esperando,
 Y si en esto no viniese
 Que traidor sería llamado.
 Pasadas son las cuatro horas,
 Otras dos habian pasado. —
 Don Reinaldos que esto oyó
 Esta respuesta le ha dado:
 — Si quereis vos, Montesinos,
 Yo iré presto á llamarlo,
 Si no quiere oírlo de lengua,
 Decírselo he por las manos;
 Si él no quisiere venir,
 Para vos y mí, sean cuatro.
 Ellos estando en esto
 Oliveros ha llegado,
 No como hombre de pelea,
 Sino como enamorado,
 Y viene muy gentil hombre,
 Mas tambien muy bien armado.
 En llegando á Montesinos
 D'esta suerte le hubo hablado.
 — Montesinos, Montesinos,
 ¿Qué es esto, traidor malvado?

Que la fe que tú me diste
 ¡Hásmela muy mal guardado!
 Dijistes que estarias solo,
 Y hállote acompañado. —
 Montesinos que esto oyó
 Tal respuesta presto ha dado.
 — Oliveros, Oliveros,
 De esto no estéis enojado,
 Que si compañía tengo
 Cierto vos lo habeis causado.
 Si viniéades á tiempo
 Al plazo que os habia dado,
 La compañía que tengo
 No la hubiéades hallado,
 Que por caso, ó por desdicha
 El me halló aquí armado;
 El me preguntó qué habia,
 Yo bien me hube excusado;
 Mas por importunacion
 Sabed que yo le he contado
 Lo que está entre vos y mí,
 Y lo que yo hube pasado:
 Mas yo haré juramento
 Donde vos querais tomallo,
 Que por esta compañía
 No seréis perjudicado,
 Sino que él se irá á Paris
 Quedando nos en el campo.
 — Pláceme, dijo Oliveros,
 D'esto que habeis hablado. —
 Reinaldos se entró en Paris
 Y ellos quedan en el campo.
 Ibanse de par en par,
 Y juntos lado con lado,
 Hasta llegar á la huerta
 Donde el campo se habia dado.
 Despues que dentro se vieron
 Montesinos ha hablado:
 — Ahora es tiempo, Oliveros,
 Que se vea el mas esforzado. —
 Vansé el uno para el otro,
 Recios encontros se han dado,
 Los golpes han sido tales
 Que entrambos se han derribado:
 Media hora y mas estuvieron
 Que ninguno ha hablado.
 Ya despues que esto pasó
 El uno se ha levantado;
 Fuese para Oliveros,
 D'esta suerte le ha hablado:
 — Buen caballero, no estéis
 Por tan poco desmayado,
 Echemos mano á las hachas,
 Pues las lanzas se han quebrado. —
 Oliveros qu'esto oyera
 Muy presto fué levantado:
 Danse tan terribles golpes
 Que presto se han desarmado;
 Las piezas de los arneses
 Veréis rodar por el campo.
 Oliveros qu'esto vido
 D'esta suerte le ha hablado:
 — Echá mano por la espada
 Pues que ya estáis desarmado. —
 Montesinos qu'esto oyera
 Presto la espada ha sacado:
 Hiérense de tales golpes
 Que mal se han aparejado.
 Ellos estando en aquesto
 Un cazador ha llegado;
 Quisose poner entre ellos,
 Hanle mal amenazado,
 Que si entre ellos se pone
 Que él será muy mal tratado.
 El cazador que esto oyera
 Para Paris ha marchado,
 Y á grandes voces decia
 Muy triste y acojogado:
 — ¿Qué es de tí, el Emperador,

Que hoy pierdes todo tu Estado?
 ¡Hoy entre los doce pares
 Veo gran ruido armado,
 Y el imperio de Paris
 Todo escandalizado! —
 Oyólo el Emperador,
 Donde estaba en el palacio:
 Mandó luego que le llamen
 Al que tal iba hablando.
 Ya es llegado el cazador
 Do está el Emperador Carlos,
 Y estas palabras le dice
 Con temor demasiado:
 — Señor, sepa vuestra Alteza
 Que hoy andando cazando
 En la huerta de Sant Dionis,
 Dentro en ella yo me he hallado
 A Montesinos y á Oliveros
 Que se habian desafiado:
 La sangre que d'ellos corria
 Teñia las yerbas del campo,
 Que si ellos ya no son muertos,
 Estarán muy mal tratados. —
 El Emperador que esto oyera
 Muy presto hubo cabalgado
 Con todos los caballeros
 Los que allí hubo hallado.
 De Oliveros iba un primo,
 Y tambien iba un su hermano,
 Y el padre de Montesinos,
 Ese conde Don Grimaltos.
 Cada uno tiene parientes,
 Y van escandalizados.
 El Emperador, que esto vido
 Pregonar, luego ha mandado
 Que de manos ni de lengua
 Ninguno sea osado
 De decir descortesía,
 Ni quistion hayan buscado,
 Y quien quistion revolviere
 Fuese luego degollado.
 Por miedo de aquel pregon
 Todo hombre va limitado.
 En allegando á la huerta
 El Emperador ha entrado.
 Por el rastro de la sangre
 Los caballeros ha hallado,
 El uno caido á una parte,
 Otro caido á otro lado.
 Llamó á sus caballeros
 Los que le han acompañado:
 Cuando la gente los vió
 Veréis hacer un gran llanto:
 Unos dicen: «¡Ay mi primo!»
 Otros dicen: «¡Ay mi hermano!»
 El conde Grimaltos dice:
 — ¡Ay mi hijo mal logrado! —
 Cuando el Emperador vido
 Su pueblo escandalizado,
 Mandó traer unas andas
 En que pudiesen llevarlos
 A aquellos dos caballeros
 Que se habian maltratado.
 Que los lleven á Paris
 Dentro del real palacio:
 Doctores y bachilleres,
 Que viniesen á curarlos.
 Fué la voluntad divina
 Que á poco tiempo pasado
 Les hallan tal mejoría
 Que se han mucho remediado.
 Ya sanos los caballeros,
 Y Dios que les ha ayudado,
 Mandóles el Emperador,
 Que amigos hayan quedado.
 Cásalos con sendas damas
 Las mas lindas del palacio,
 Y púsoles grandes penas
 Que ninguno sea osado

De hablar con Aliarda,
Ni de ser su enamorado,
Y quien esto quebrantase
De la vida sea privado.
Así quedaron amigos
Y el imperio asosegado.
Luego Aliarda casó
Con un caballero honrado;
Quedaron todos contentos
Y aun el romance acabado.

(Cancionero de Romances. — It. Silva de varios Romances. — It. Floresta de varios Romances.)

⁴ La Aliarda de este romance es diferente de la del de Caballerosos sueltos, número 529, que empieza: Esta noche, caballeros.

371.

CONQUISTA DEL IMPERIO DE TRAPONDA
POR REINALDOS. — VI.

(Anónimo 1.)

Ya que estaba Don Reinaldos
Fuertemente aprisionado,
Para haberlo de sacar
A luego ser ahorcado,
Porque el gran Emperador
Así lo había mandado,
Llegó el valiente Roldan
De todas armas armado,
En el fuerte Briador
Su poderoso caballo,
Y la fuerte Durlindana
Muy bien ceñida á su lado,
La lanza como una entena,
El fuerte escudo embrizado,
Vestido de fuertes armas
Y él con ellas encantado.
Por la visera del yelmo
Fuego venia lanzando;
Retemblando va la lanza
Como un juncos muy delgado,
Y á toda la hueste junta
Fieramente amenazando:
— ¡Nadie en Don Reinaldos toque
Si quiere ser bien librado!
¡Quien otra cosa hiciere
El será tan bien pagado,
Que todo el resto del mundo
No le escape de mi mano,
Sin quedar pedazos hecho,
O muy bien escarmentado! —
Serenos estaban todos
Hasta ver en qué ha parado;
Nadie no se removía
Contra tan buen abogado.
Allí el fuerte Don Roldan
Junto á Carlos se ha llegado
Diciendo de esta manera,
De encima de su caballo:
— No es cosa de Emperador
Lo que tienes ordenado;
El caballero se viene
De su voluntad y grado.
¿Cómo es aquesto, señor,
Que así ha de ser tratado
La flor de los caballeros
Como claro está probado?
¿Cómo así á tu propia sangre,
Tan cercano emparentado,
Que manso como un cordero
Ante ti se ha presentado,
Sabiedo tu Majestad,
Que nadie hubiera bastado,
Ni el mundo todo junto
A prendello ni matallo,
Y mas agora, señor,
Que estaba tan prosperado,

Y pudiera correr tus tierras
Y mas conquistar tu Estado,
Como otras veces soña
Tenerte en Paris cercado,
Cuando tú, ni por ti nadie
Le osaba salir al campo?
¿Quieres tú quitar la vida
A quien á ti te la ha dado?
No una vez sino ciento
De peligros te ha sacado,
Poniéndose á la muerte
Por acrecentar tu Estado.
¿Y este pago le tenias,
Di, señor, aparejado?
¡Si á todos pagas así,
Tú serás harto afamado!
¡De excelente pagador
Rica fama habrás ganado! —
Respondió el Emperador
Como mal aconsejado:
— ¡Oh cómo hablas, sobriño,
Con rostro tan enojado!
¿No sabeis que este traidor
Muchas veces ha robado?
Por caminos y carreras
Las gentes ha despojado:
Ya muchos piden justicia
De los que él ha salteado,
Y si lo soltamos agora
Volverá á lo regostado. —
Allí dijo Don Roldan:
— Eso tú lo has causado;
Diérais tú en que viviera
De cuanto te ha acrescentado.
¿Y por qué razon, señor,
Jamás te has acordado?
A otros menores que él,
Y que menos te han honrado
Muy muchas villas y tierras
De tu mano les has dado,
Y aqueste que es el mejor
Siempre fué de ti olvidado.
¿De qué habia de vivir
Andando contino armado?
Con sus brazos vigorosos
Muchas veces ha librado
La cristiandad de peligro
Del cruel pueblo pagano.
Bien sabeis que ya los moros
Todos dél están temblando,
Y que por su miedo dél
Contigo se han concertado.
Por estar seguros dél
Las parias te han enviado,
Y agora si ellos tuviesen
El seguro de su mano.
Yo sé bien que no tardasen
En haberse levantado,
Por donde la cristiandad
Harto mal habria ganado.
Digo que no es de perder
En tus reinos tal vasallo;
Tristes serán los cristianos
Por tal brazo que han cobrado:
Si lo perdiesen agora
No volverán á cobrallo,
Porque ya no vuelven todos
Por su vida, honra y estado,
Que hoy todo junto lo pierde,
Si de Dios no es remediado.
¡Oh caballeros de Francia!
Decí, ¿habeis olvidado
De cuántas graves afrentas
Reinaldos os ha sacado?
¿Por qué agora consentis
Ante vos ser tal tratado
Vuestro fuerte capitán,
De todos primo ú hermano?
No consienta nadie, no,

Tan gran tuerto ser pasado,
Que juro por Sant Dionis,
Y al Eterno soberano,
Que en lo tal yo no consienta,
Ni tal será ejecutado,
O todo el mundo se guarde
De mi espada y de mi mano;
Que si tal se ejecutare
Será de mí tan vengado,
Que toda Francia lo llore
Por no habello remediado.
Tirense todos afuera,
No sea nadie tan osado
De querer luego estrenar
Lo que yo tengo jurado.
¡Sus de presto, Maganceses!
¡Afuera, afuera, priado!
No me pare mas ninguno,
Buscad veredas temprano. —
Viérades á Galalon
Con su Maganza temblando,
Y tanto, que él no quisiera
Ser allí entonces hallado.
Y tornando á Carlos luego,
Prosiguiendo en su hablado,
Dijo: — ¿Qué quieres, señor,
Que persigues á Reinaldos?
Di, ¿no sabes tú, señor,
Y está muy claro probado,
Que lo mas que él tenia
Haberlo á moros ganado?
Debríate ya bastar
Que á perder lo has echado
Destruyéndole una villa
Sola, que Dios le habia dado.
Si la cabeza do sale
Todo aquesto en que has andado
Ella fuese ya cortada
Quedaría sosegado
Todo el tu gran imperio
Que no te cantase gallo. —
Respondió el Emperador
Algun tanto ya amansado:
— ¡Oh mi querido sobriño,
No te tornes tan airado,
Ni pases mas adelante
Lo que llevas comenzado!
Hágase como quisieres
Y sea luego soldado;
Mas con esta condicion:
Que lo doy por desterrado
Con gran pleito y homenaje,
Que ante mí haya jurado,
Que solo y sin compañía
A Jerusalem, descalzo
En hábito de romero
Sea luego encaminado,
Y que mas aquí no pare
Del tercero día pasado,
Y jamas no torne en Francia
Sin mi licencia y mandado;
Y que su mujer é hijo
Acá se hayan quedado,
Y sus hermanos tambien,
Todos á muy buen recaudo,
Porque si él algo hiciere
En ellos será vengado. —
Lo cual así se cumplió,
Segun de suso es contado,
Que luego al tercero día
Reinaldos se ha aparejado
De esclavina y de bordon,
Y una maleta á su lado,
Para echar las limosnas
Que por Dios le hubiesen dado.
Vistió una gruesa camisa,
Como penitente armado,
Llorando de los sus ojos
Con corazon traspasado.

T. X

Despidiéndose en la corte
De cuantos lo han amado,
Y á todos los doce Pares
Mucho les ha encomendado
Que por su mujer é hijitos
Por ellos hayan mirado,
Y tambien por sus hermanos
Qu'en prision los ha dejado,
Diciendo que por ventura
Jamás sería tornado;
Mas quizá en algun tiempo
Les sería bien pagado
A todos los que miraren
Por las prendas que ha dejado.
Sus lágrimas eran tantas
Que á todos han convidado
A quebrar sus corazones
De verlo tan lastimado.
Ya se va nuestro romero
Del todo desconsolado:
De toda la cristiandad
Iba ya desamparado,
Aunque él por muchas veces
La había bien abrigado,
Defendiéndola de moros
Con corazon esforzado.
Capitan de los cristianos
Por el mundo era llamado;
Tal fuerza contra paganos
Por jamas se ha hallado.
Mas al cabo de tres dias
Que así desnudo y descalzo
Caminaba con paciencia
Con su bordon en la mano,
Y con espesos gemidos
Y suspiros que iba dando,
Don Roldan fué en pos de él
En su lijero caballo,
Y alcanzólo á una montaña
Saliendo por un atajo.
Desque Reinaldos lo vido
A mal lo hubo tomado;
Mas el leal Don Roldan
Otro llevaba pensado,
Pues le dijo luego así
Al momento y en llegando:
— ¡Oh flor de caballería!
¿Dónde vas tan desmayado?
¿Qué es de tus caballerías?
¿Dónde las has ya dejado?
¿Qué es de las tus fuertes armas?
¿Qué es de tu fuerte caballo?
Ves aquí tu buena espada,
Cata aquí do te la traigo;
Torna, torna, señor primo,
Que yo haré sea alzado
El destierro, al cual tú fuiste
Tan á tuerto sentenciado.
No me tengan por Roldan
Si no fuere así acabado,
Que yo sacaré del mundo
A quien quisiere estorballo,
Porque tan buen caballero
No sea en Francia faltado;
Que mas vales tú que todos
Cuantos allá han quedado. —
Mas por mas que le rogó
Nada le fué otorgado,
Ni jamas volvió con él
A lo que le era rogado,
Por no dejar su camino
A cumplir lo que ha jurado;
Que entre buenos caballeros,
Así es acostumbrado,
De perder antes la vida
Que no hacer quebrantado
El homenaje que hacen
Donde les es demandado.
Mas tomó su rica espada

16

Que Roldan le había llevado,
Para llevarla secreta
Debajo su pobre hato,
Por si algo le viniese
Que tenga de que echar mano.
Así los dos se despiden
Harto gimiendo y llorando,
Que peor les fué el partir,
Que no morir peleando.
Mas aquel noble guerrero
Mucho se va encomendando
Al muy alto Jesucristo,
Por el cual él fué guiado
A las tierras del gran Can,
Que fué muy maravillado
Que tan alto caballero
Ante él fuera llegado
Tan descalzo y tan desnudo,
Tan hambriento y fatigado.
Mas como quiera que fuesen
En el tiempo ya pasado
Ambos hermanos en armas,
Gran fiesta le ha ordenado
Y despues que le contó
Todo su hecho pasado,
El gran Can le respondió:
— Oh mi buen señor y hermano!
Pideme lo que quisieres
Para volver contra Carlos.
Ves aquí do tengo junto
Nuestro gran poder pagano,
Que no hay cosa que no hagan
Por mi servicio y mandado:
Irán conmigo y contigo
Para hacerte bien vengado,
Y según, señor, tú eres
En armas tan estimado,
Con este tan gran poder
Que de acá hayas llevado,
Muy de presto podrás ser
En cristianos coronado,
A pesar de quien pesare
Sin poder ser estorbado,
Que mas pertenece a tí
Que no aquel falso de Carlos,
Pues tan mal ha conocido
Cuanto le has administrado.
— No lo mande Dios del cielo,
Le responde Don Renaldos,
Que yo quiebre el homenaje,
Pues en Francia hube jurado,
Que yo ni otro por mí
No vuelva contra cristianos.
— Vista ya su voluntad
El gran Can, fué acordado
Por complacer a Renaldos
Y subirlo en alto estado,
Que sería bueno ir
Con treinta mil de á caballo
Sobre aquel Emperador
De Trapisonda nombrado,
Que muy mucho mal hacia
A todos sus comarcas,
Usurpándoles las tierras
Por fuerza, que no de grado.
Renaldos que tal oyó
Presto fué aparejado,
No de esclavina y bordon,
Ni menos maleta al lado,
Mas de buen caballo y armas,
En lo que era acostumbrado.
Tomando los treinta mil
Tales mañas se ha dado,
Como aquel que en ellas era
Maestro bien afamado.
Halló al Emperador
Que tenía puesto campo
Sobre una gran ciudad,
Cien mil y mas de caballo:

Pegó con ellos de noche
Al mejor sueño tomando:
Recordólos de tal suerte
Que pocos han escapado;
Porque el triste campo estaba
Durmiendo, tan descuidado,
Que cuando el alba rompió
Los mas se han abajado
Con su señor al infierno,
Que los estaba esperando,
Salvo aquellos que se dieron
A merced de Don Renaldos.
Por ende muy presto fué
Emperador coronado,
Sojuzgando muchos reyes
Y señores de alto grado,
De lo cual luego escribió
A su enemigo Carlo-Magno.
Con riquísimos presentes
Mensajes le ha despachado
Pidiéndole de merced,
Que allá le haya enviado
Alguna gente cristiana,
Que allí no hay mas de un cristiano,
Que es el mesmo Don Renaldos,
El valiente y esforzado,
Y noble en toda virtud,
Hermoso y muy agraciado.
Mas tal odio le tenía
El ya dicho Carlo-Magno,
Que en lugar de socorrer
A la hora haregonado
Que no vaya nadie allá,
So pena de su mandado,
Ni tampoco le envíen
La mujer, hijos y hermanos.
Mas Roma y Constantinopla
Le enviaron tal recaudo,
Que sin ir nadie de Francia
Cristianos le han sobrado.

(Cancionero de Romances. — It. Silva de varios Romances.)

⁴ Hé aquí un romance en que se contraponen la barbaridad y arrogancia feudal de Roldan á la sumisión de Renaldos, el cual quiere asemejarse al espíritu caballeresco español retratado en el Cid. Renaldos es verdad que aparece aquí como un bandido, y condenado por tal á muerte. Así eran todos los caballeros de aquella época, que hechos fuertes en sus castillos, salían de ellos para robar á los enemigos y aun á los amigos. Tal han retratado á Renaldos en una época de su vida los novelistas caballerescos, y así lo representa Cervantes en su *Don Quijote*, para castigar, burlándose, las costumbres de los caballeros feudales.

372.

ROLDAN Y EL TROVADOR. — VII.

(Anónimo¹.)

Salió Roldan á cazar
Una mañanita oscura:
De podencos y lebreles
Lleva cercada la mula.
Se levantó viento largo
Con un agua muy menuda,
Y Roldan con gran cuidado
Por no mojarse las plumas
Se arrimó contra una torre
Y oyó, el de las fuerzas muchas,
Un prisionero cantar,
Y Roldan atento escucha.
«Yo, pobrecito de mí,
Metido estoy en prisiones,
Sin saber cuándo es de día,
Y menos cuando es de noche,
Sino por tres pajaricos
Que me cantan el albore.
El uno es una calandria,
Es el otro un ruiseñore,

La otra una tortolica
Que anda de torre en torre,
Anda de oliva en oliva,
Y de terrone en terrone,
Cogiendo la semillica
Que derrama el sembradore.
Tres dias ha no me canta;
Tres dias ha que no come;
Si la mató un ballestero
La mató como traidore,
Y si Dios que la crió,
Dios tambien á mí perdone.»
Acabado este cantar
Lleno de angustia y dolores
Otro canta el prisionero
Que hizo llorar á los bosques.
«Mes de mayo, mes de mayo,
Cuando las recias calores,
Cuando los toros son bravos,
Los caballos corredores;
Y las cebadas se siegan,
Los trigos toman colores;
Cuando los enamorados
Regalan á sus amores,
Unos les regalan rosas,
Otros lirios, otros flores;
Los pobres que mas no tienen
Endonan sus corazones,
¡Yo soy mas pobre que todos,
Mezquino en estas prisiones!»
Dolido Roldan de oille,
Furioso las puertas rompe
De la prision en que estaba
Preso el infeliz cantore,
Y tomándole la mano
Sacádole ha de la torre,
Diciéndole: — Vete libre
A gozar de tus amores.—

(Tradicional.)

⁴ Este romance, como casi todos los que en Andalucía se conservan por tradicion, es una mezcla de trozos mas antiguos aplicados á diverso asunto. En él se hallan los pensamientos y aun los versos del lindísimo y primitivo romance del prisionero, que empieza: *Por el mes era de mayo.*

373.

EL MORO CALAYNOS.

(Anónimo¹.)

Ya cabalga Calaynos
A las sombras de una oliva,
El pié tiene en el estribo,
Cabalga de gallardía.
Mirando estaba á Sansueña,
El arrabal con la villa,
Por ver si vería algun moro
A quien preguntar podría.
Venía por los palacios
La linda infanta Sevilla;
Vido estar un moro viejo
Que á ella guardar solía.
Calaynos que le vido
Llegado á él se habia;
Las palabras que le dijo
Con amor y cortesía:
— Por Alá te ruego, moro,
Así te alargue la vida,
Que me muestres los palacios
Donde mi vida vivia,
De quien triste soy cativo,
Y por quien pena tenia,
Que cierto por sus amores
Creo yo perder la vida;
Mas si por ella la pierdo
No se llamará perdida,
Que quien muere por tal dama

Aunque muerto tiene vida.
Mas porque me entiendas, moro,
Por quién preguntado habia
Es la mas hermosa dama
De toda la Morería,
Sepas que á ella la llaman
La grande infanta Sevilla. —
Las razones que pasaban
Sevilla bien las oia:
Púsose á un ventana,
Muy hermosa á maravilla,
Con muy ricos atavios,
Los mejores que tenia.
Ella era tan hermosa,
Otra su par no la habia.
Calaynos que la vido
D'esta suerte le decia:
— Cartas te traigo, señora,
De un señor á quien servia;
Creo que es el Rey tu padre
Porque Almanzor se decia.
Descendé de la ventana
Sabrás la mensajería. —
Sevilla cuando lo oyera
Presto de allí descendia:
Apeóse Calaynos,
Gran reverencia le hacia.
La dama cuando esto vido
Tal pregunta le hacia:
— ¿Quién sois vos el caballero,
Que mi padre acá os envía?
— Calaynos soy, señora,
Calaynos de Arabia,
Señor de los Montes Claros.
De Constantina la llana,
Y de las tierras del turco
Yo gran tributo llevaba,
Y el Preste Juan de las Indias
Siempre parias me enviaba,
Y el Soldan de Babilonia
A mi mandar siempre estaba;
Reyes y principes moros
Siempre señor me llamaban,
Sino es el rey vuestro padre,
Que yo á su mandato estaba,
No porque le he menester,
Mas por nuevas que me daba
Que tenía una hija
A quien Sevilla llamaban,
Que era mas linda mujer
Que cuantas moras se hallan.
Por vos le servi cinco años
Sin sueldo ni sin soldada;
El á mí no me la dió,
Ni yo se la demandaba.
Por tus amores, Sevilla,
Pasé yo la mar salada,
Porque he de perder la vida
O has de ser mi enamorada. —
Cuando Sevilla esto oyera
Esta respuesta le daba:
— Calaynos, Calaynos,
De aqueso yo no sé nada,
Que siete amas me criaron,
Seis moras y una cristiana.
Las moras me daban leche,
La otra me aconsejaba;
Segun eran los consejos
Bien mostraba ser cristiana.
Dírame muy buen consejo,
Y aun bien se me acordaba:
Que jamás yo prometiese
Ser de alguno enamorada,
Hasta que primero hubiese
Algun buen dote ó arras. —
Calaynos qu'esto oyera
Esta respuesta le daba:
— Bien podeis pedir, señora,
Que no se os negará nada:

Si quereis castillos fuertes,
Ciudades en tierra llana,
O si quereis plata ú oro
O moneda amonedada.—
Sevilla cuando lo oyó,
Como no los estimaba,
Respondióle:— Si quería
Tenella por namorada,
Que vaya dentro á París,
Que en medio de Francia estaba,
Y le traiga tres cabezas
Cuales ella demandaba,
Y que si aquesto hiciese
Sería su enamorada.—
Calaynos cuando oyó
Lo que ella le demandaba
Respondióle muy alegre,
Aunque él se maravillaba
Dejar villas y castillos
Y los dones que le daba,
Por pedirle tres cabezas
Que no le costarán nada:
Dijo que las señalase,
O diga cómo se llaman.
Luego la infanta Sevilla
Se las empezó á nombrar;
La una es de Oliveros,
La otra de Don Roldan,
La otra del esforzado
Reinaldos de Montalvan.
Ya señalados los hombres
A quien había de buscar,
Despidese Calaynos
Con su muy cortes hablar:
—Déme la mano tu Alteza,
Que se la quiero besar,
Y la fe y prometimiento
De conmigo te casar,
Cuando traiga las cabezas
Que quisiste demandar.
—Pláceme, dijo, de grado
Y de buena voluntad.—
Allí se toman las manos,
La fe se hubieron de dar
Qu'él uno ni aun el otro
No se pudiesen casar
Hasta qu'el buen Calaynos
De allá hubiese de tornar,
Y que si otra cosa fuese
La enviaria á avisar.
Ya se parte Calaynos,
Ya se parte, ya se va:
Hace broslar sus pendones
Y en todos una señal;
Cubiertos de ricas lunas,
Teñidas en sangre van.
En camino es Calaynos
A los franceses buscar:
Andando jornadas ciertas
A París llegado ha.
En la guardia de París,
Cabe San Juan de Letran,
Allí levantó su seña
Y empezara de hablar:
—Tañan luego esas trompetas
Como quien va á cabalgar,
Porque me sientan los doce
Que dentro en París estan.—
El Emperador aquel dia
Había salido á cazar:
Con él iba Oliveros,
Con él iba Don Roldan,
Con él iba el esforzado
Reinaldos de Montalvan;
También el Dardin Bardeña,
Y el buen viejo Don Beltran,
Y ese Gaston y Don Carlos
Con el romano Fincan:
También iba Valdovinos,

Y Urgel en fuerzas sin par,
Y también iba Guarinos
Almirante de la mar.
El Emperador entre ellos
Empezara de hablar:
—Escuchad, mis caballeros,
Que tañen á cabalgar.—
Ellos estando escuchando
Vieron un moro pasar;
Armado va á la morisca,
Empiézanle de llamar,
Y ya que es llegado el moro
Do el Emperador está,
El Emperador que lo vido
Empezóle á preguntar:
—Di, ¿dónde vas tú, el moro?
¿Cómo en Francia osaste entrar?
¿Grande osadía tuviste
De hasta París te llegar!—
El moro cuando esto oyó
Tal respuesta le fué á dar:
—Vó á buscar al Emperante
De Francia la natural,
Que le traigo una embajada
De un moro muy principal,
A quien sirvo de trompeta,
Y tengo por capitán.—
El Emperador que esto oyó
Luego le fué á demandar
Dijese lo que quería,
Y por qué á él iba á buscar;
Qu'él es el emperador Carlos
De Francia la natural.
El moro cuando lo supo
Empezóle de hablar:
—Señor, sepa tu Alteza,
Y tu corona imperial,
Que ese moro Calaynos,
Mi señor, me envía acá,
Desafiando á tu Alteza
Y á todos los doce pares,
Que salgan lanza por lanza
Para con él pelear.
Señor, veis allí su seña,
Donde los ha de aguardar:
Perdóneme vuesa Alteza,
Que respuesta le vo á dar.—
Cuando fué partido el moro
El Emperador fué á hablar:
—¿Cuándo yo era mancebo,
Que armas solía llevar,
Nunca moro fué osado
De en toda Francia asomar;
Mas agora que soy viejo
A París los veo llegar!
No es la mengua de mí solo
Pues no puedo pelear,
Mas es mengua de Oliveros,
Y asimesmo de Roldan;
Mengua de todos los doce,
Y de cuantos aquí están.
Por Dios á Roldan me llamen
Porque vaya á pelear
Con el moro de la enguardia
Y lo haga de allí quitar:
Que lo traiga muerto ó preso,
Porque haya de acordar
De cómo viene á París
Para me desafiar.—
Don Roldan cuando esto oyera
Empiezale de hablar
—Excusado es ya, señor,
De enviarme á pelear,
Porque teneis caballeros
A quien podeis enviar,
Que cuando son entre damas
Bien se saben alabar,
Que aunque vengan dos mil moros
Uno los esperará,

Y al mirarse en la batalla
Véolos volver atrás.—
Todos los doce callaron
Si no el de menor edad,
Al que llaman Valdovinos,
En el esfuerzo muy grande;
Las palabras que dijera
Eran de riguridade.
—Mucho estoy maravillado
De vos, señor Don Roldan,
Que amengüeis todos los doce
Vos que los debeis honrar:
Si no fuéades mi tío
Con vos me fuera á matar,
Porque entre todos los doce
Ninguno podeis nombrar,
Que lo que dice la boca
No lo sepa hacer verdad.—
Levantóse con enojo
Ese paladin Roldan;
Valdovinos qu'esto viera
También se fue á levantar,
Y el Emperador entre ellos
Por el enojo quitar.
Ellos en aquesto estando,
Valdovinos fué á llamar
A los mozos que traía;
Por las armas fué á enviar.
El Emperador qu'esto vido
Empezóle de rogar
Que le hiciese un placer,
Que no fuese a pelear,
Porque el moro era esforzado,
Podriale maltratar,
Pues aunque ánimo tenia
La fuerza podría faltar,
Siendo el moro diestro en armas
Y vezado á pelear.
Valdovinos qu'esto oyó
Empezóse á desviar
Diciendo al Emperador
Licencia le fuese á dar,
Y que si él no se la diese
Que él se la quería tomar:
Cuando el Emperador vido
Que no lo podía excusar,
Cuando llegaron sus armas
El mesmo le ayudó á armar:
Dióle licencia que fuese
Con el moro á pelear.
Ya se parte Valdovinos,
Ya se parte, ya se va,
Ya es llegado á la guardia
Do Calaynos está.
Calaynos que lo vido
Empezóle así de hablar:
—Bien vengais el francesico,
De Francia la natural,
Si quereis venir conmigo
Por paje os quiero tomar.—
Valdovinos qu'esto oyera
Tal respuesta le fué á dar:
—Calaynos, Calaynos,
No debíades así hablar,
Que antes que de aquí me vaya
Yo os lo tengo de mostrar
Que aquí morireis primero
Que por paje me tomar.—
Cuando el moro aquesto oyera
Empezó así de hablar:
—Tórname, el francesico,
A París, esa ciudad,
Que si esa porfia tienes
Caro te habrá de costar,
Porque quien entra en mis manos
Nunca puede bien librar.—
Cuando el mancebo esto oyera
Tornóle á porfiar
Que se aparejase presto

Que con él se ha de matar.
Cuando el moro vió al mancebo
De tal suerte porfiar,
Dijole:—Vente, cristiano,
Presto para me encontrar,
Que antes que de aquí te vayas
Conocerás la verdad,
Que te fuera muy mejor
Conmigo no pelear.—
Vanse el uno para el otro,
Tan recio que es de espantar.
A los primeros encuentros
El mancebo en tierra está.
El moro cuando esto vido
Luego se fué á apear:
Sacó un alfanje muy rico
Para habello de matar;
Mas antes que lo ficiese
Le empezó de preguntar
Quién ó cómo se llamaba,
Y si es de los doce pares.
El mancebo estando en esto
Luego dijo la verdad,
Que le llaman Valdovinos,
Sobrino de Don Roldan.
Cuando el moro tal oyó
Empezóle de hablar:
—Por ser de tan pocos dias,
Y de esfuerzo singular
Yo te quiero dar la vida,
Y no te quiero matar;
Mas quíerote llevar preso
Porque te venga á buscar
Tu buen pariente Oliveros,
Y tu tío Don Roldan,
Y ese otro muy esforzado
Reinaldos de Montalvan,
Que por esos tres ha sido
Mi venida á pelear.—
Don Roldan allá do estaba
No hace sino sospirar,
Viendo qu'el moro ha vencido
A Valdovinos infante.
Sin mas hablar con ninguno
Don Roldan luego se parte,
Y vase para la guardia
Para aquel moro matar.
El moro cuando lo vido
Empezóle á preguntar
Quién es ó cómo se llama,
Si era de los doce pares.
Don Roldan cuando esto oyó
Respondióle muy mal.
—Esa razon, perro moro,
Tú no me la has de tomar,
Por que á ese á quien tú tienes
Yo te lo haré soltar:
Presto aparejate, moro,
Y empieza de pelear.—
Vanse el uno para el otro
Con un esfuerzo muy grande:
Danse tan recios encuentros
Que el moro caido hae;
Roldan qu'el moro vió en tierra
Luego se fué á apear:
Tomó al moro por la barba,
Empezóle de hablar:
—Dime tú, traidor de moro,
No me lo quieras negar:
¿Como tú luiste osado
De en toda Francia parar,
Ni al buen viejo Emperador,
Ni á los doce desafiar?
¿Cuál diablo te engañó
Cerca de París llegar?—
El moro cuando esto oyera
Tal respuesta le fué á dar;
—Tengo una cativa mora,
Señora de gran linaje: